

EL ENEMIGO

Diana Marcela Toro Pardo

Filóloga hispanista de la Universidad de Antioquia. Ha publicado algunos de sus poemas en la Antología *El vacío como llenura* (2010) y ha participado en dos versiones del Festival de Poesía de Medellín. Ganó el premio a Filóloga Destacada otorgado por la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia (2016), y fue premiada con el tercer puesto en el Concurso Municipal de Cuento de la ciudad de Itagüí (2019). Es directora editorial de la Corporación La Metáfora desde 2014 y en este momento adelanta su maestría en Literatura y Estudios Latinoamericanos en la Universidad de Berna, Suiza.

•

Por siglos los hombres nos han hecho creer que el enemigo siempre es público. Recuerdo ahora muy claramente esa tarde de febrero, yo acababa de llegar de la nueva escuela y mi padre nos sentó a mi hermanito y a mí en el sofá. —Parece que mamá no va a llegar esta noche.

Guille se levantó del sofá y siguió con sus juegos, yo, mientras tanto, mirando a través de los lentes de papá, podía traducir ese “sentarse en el sofá” como algo peligroso, algo oscuro que no sabes si quieres saber.

—¿Sigue en carretera? —me atreví a preguntar.

—Sí, parece que hay un retén y va a tomar tiempo.

Todo por culpa de mis calificaciones. Mi madre se había atrevido a hacer un viaje en bus de doce horas a la capital únicamente para ir a recoger mis calificaciones, que, por supuesto no querían entregarle porque debíamos más de seis meses de cuota estudiantil.

••

Mismo escenario al día siguiente, solo que esta vez mi padre está llorando y la casa se encuentra llena de gente. Algunos miran expectantes la televisión, mi madrina está en el teléfono con cara de tragedia. Yo solo puedo centrarme en papá y sus lágrimas, Guille y yo tenemos siempre la sana costumbre de querer llorar cuando vemos el llanto de otra persona. Guille todavía está chico y sus lágrimas se manifiestan con hipo y a veces, gritos. Mi llanto es más reservado, con sentimiento, pero sin aspavientos.

Mi padre se calma y se agacha para quedar a la altura de Guille. —Durante el camino de regreso el bus en el que venía mamá ha sido parado por la guerrilla, hay enfrentamientos entre la guerrilla y el ejército nacional. Desde anoche no sabemos nada de mamá.

La información me hace meter los dedos de los pies hacia adentro y apretarlos muy fuerte. Por lo menos ya tengo una razón para sacar estas lágrimas. Guille no entiende y creo que yo tampoco. ¿Mamá bajó del bus? ¿Está en un refugio? ¿La secuestraron como al papá de Laura?

En los minutos siguientes me doy cuenta, nadie sabe nada. Mi madrina llama insistentemente al ejército para saber sobre los enfrentamientos, cada dos horas algún familiar la releva. El resto de nosotros escucha la radio y ve la televisión para ver si hay novedades.

No sabía mucho sobre este enemigo público. Solo sé que se convirtió en mi enemigo en el preciso momento en el que se atrevió a meterse con mamá. Sin pensarlo, acababa de fabricar a mi primer adversario. Por un momento intenté ponerme en el lugar de ellos, entenderlos, darles un lugar en el mundo.

•••

Se puede ver un bus quemado en el noticiero de las siete. Como tantas otras noches puedo escuchar de nuevo el estribillo “enfrentamientos en zona rural de Jamundí, San Luis, la Panamericana”. Es solo que esta vez las palabras una y mil veces reproducidas cobran un nuevo significado porque podrían contener información valiosa sobre el paradero de mamá. Si supiéramos realmente lo que implica estar dentro de una guerra, nunca la haríamos.

••

Pasan dos días más y mi padre está al borde de la desesperación. Hasta Guille ha podido notar que algo malo pasa y no para de preguntar por mamá. Ya no tenemos que ir a la escuela, pero no parecen vacaciones. Recuerdo que desde la noche de la desaparición de mamá sueño con alguien que me espía. A través de una ventana este rival puede ver todos mis movimientos, quiere atraparme. En el sueño tengo que buscar desesperadamente salir de su vista, no ser observada. Sé que es ahí en la mirada donde se esconde la salida. Si ese alguien no me ve no puede atraparme. Intento varios trucos: me lleno de barro para pasar desapercibida, camino alto y con pasos fuertes como mi padre para que me confunda con él, imito los raros sonidos de crío de Guille para que piense que yo también soy solo una niña, me visto con los vestidos de mamá para que no me encuentre. Ese alguien me conoce tan bien, casi parece que solo uno de los dos puede ocupar el mismo espacio en este mundo. No cabemos los dos al mismo tiempo.

•

Ha sonado el teléfono después de siete días de larga espera, era mamá que estaba en la terminal de transportes. Logró huir del enfrentamiento campo traviesa y luego, cuando regresó a la carretera más adelante paró un *jeep* con una familia que la trajo hasta la ciudad. Me parece raro que tantos años después mamá y papá no llamen a la guerrilla sus enemigos. Es posible que sea porque el enemigo no es público, sino privado. ■